

sencillo —decía que le hubiera gustado ser invisible—, con una ética firme, que se cuestiona su propia profesión, la de abogado y afirma un deseo que, dice, es más «noble»: el de «soñar en los caminos». Salas, también hace un saludable rescate del poeta Alfredo Veiravé y del narrador Santiago Dabove. Este hacer frecuente en Salas —como la valoración en su tiempo de un Marechal relegado— está diciendo que la nuestra es una tradición cultural con muchas lagunas. Así, camina por las páginas de *Lecturas de la memoria* el Dabove metafísico, violinista, orillero de armas llevar y escritor con un solo libro en su haber, los relatos fantásticos de *La Muerte y su traje*. Ese libro que deslumbró a Macedonio Fernández y Scalabrini Ortiz, publicado en forma póstuma en el 1961 con prólogo de Borges, se reeditó recientemente con prefacio de Salas, quien describe a Dabove como un escritor secreto, un hombre de especulaciones filosóficas obsesionado por el tema de la muerte.

Otro de los núcleos de *Lecturas de la memoria*, uno de los principales, es la relación del escritor y la contingencia política. Desde el prefacio se advierte que sus personajes —Borges, Ernesto Sábato, Victoria Ocampo, Julio Cortázar, Marechal, etc.— están atravesados por distintas polémicas,

subrayando con la palabra intolerancia, una y otra vez, el clima en que se dirimieron. Los cuestionamientos —dice Salas en el caso de Sábato— fueron provocados por actitudes que «sus detractores consideran insostenibles pruebas de egocentrismo o de una ideología contradictoria».

El valor de *Lecturas de la memoria* es que propone diálogos y abre interrogantes. Por ejemplo, en el modo de presentar algunos autores como víctimas de esa intolerancia, ya que una cosa es la incompreensión con asidero en un medio cultural que ningunea, valora lo literario con el hígado y adolece de espesor ideológico en sus argumentos, y otra es el debate de ideas, la mirada crítica. Entonces, ¿el disenso convierte a aquel que lo manifiesta en «detractor»? Y tomando por caso a Sábato, ¿quién le ha dado al escritor esa dimensión ideológica por sobre la literaria, la crítica o su excesiva exhibición mediática? *Lecturas de la memoria* ayuda a tener memoria y suscita otras preguntas: ¿de qué lado de la intolerancia está el Borges condecorado por Pinochet? ¿U Octavio Paz cuando en los 80 invoca al presidente norteamericano Reagan y exige una solución militar al conflicto centroamericano? ¿O Victoria Ocampo cuando desplaza al jefe de redacción de su revista,

José Bianco, por haber participado como jurado –al igual que Onetti, que Rulfo, que muchos– en el Premio Casa de las Américas de Cuba?

Si con el tiempo sólo queda la huella literaria de un escritor, diluyéndose sus posiciones de circunstancia –como dice Salas– es porque en esa escritura ya está la vida. Basta pensar en el Rimbaud de la Comuna, en José Martí, en el mismo Tuñón, tratado en este libro, y más cerca en el tiempo en Juan Gelman, con treinta años fuera del país y una extensa producción de libros, todos sus libros fechados en el exterior, en los que se refunden sus temas en uno solo: el exilio. Como quedó dicho al principio de la nota, el libro de Salas, al dar cuenta de algunas polémicas, abre un debate oxigenador y lleva reflexionar. *Lecturas de la memoria* acercan «la aventura del libro», encarnada, por ejemplo, en ese Borges que es al mismo tiempo autor y lector: un hombre-libro que escribe y es escrito por la literatura universal. Afirma Salas que Borges «ya no leyó los libros, fue los libros», a la manera de otro poeta de su generación que dijo alguna vez que no escribía, sino que se estaba tatuando.

Jorge Boccanera

Sarajevo cada vez más lejos*

El escritor belga Stefan Hertmans defiende en su espléndido libro *Ciudades* un concepto de ciudad ligado a un profundo significado humanitario: la ciudad como el territorio de la comunicación humana en su forma más avanzada: «A mediados del siglo XIX, la ciudad era ya para Baudelaire el terreno sin territorio donde las relaciones humanas no evolucionaban basándose en derechos de propiedad y tradiciones inveteradas tales como el derecho familiar, el patriarcado y el casamiento, sino basándose en una desvinculación general. La ciudad es de todos porque no es de nadie en particular».

En este sentido, pocas ciudades europeas han sido desde su fundación, mejor metáfora del mundo que Sarajevo. A lo largo de cinco siglos, «la ciudad aglutinó en su interior a gente de todas las religiones monoteístas y las culturas derivadas de éstas, un sinfín de idiomas y formas de vida diferentes. Se convirtió en un microcos-

* *Dzevdad Karahasan, Sarajevo, Diario de un éxodo, Traducción de Luisa Fernanda Garrido Ramos y Tihomir Pistelek, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, Barcelona, 2005. 123 pp.*

mos, el centro del mundo que, como cualquier epicentro, según las enseñanzas esotéricas, aglutina al mundo entero». El apunte es fruto de la mirada retrospectiva de Dzevdad Karahasan en *Sarajevo. Diario de un éxodo*, libro al que se le otorga en 1994 el Premio Europeo de Ensayo Charles Veillon y en 1995 el Bruno Kreisky al mejor libro político del año.

Hasta finales de mayo de 1992, Karahasan se mueve por su ciudad con las mismas preocupaciones que pudiéramos tener cualquiera de nosotros a lo largo de una jornada de tránsito por la nuestra. Acude diariamente a impartir sus clases de dramaturgia y de historia del teatro en la Academia de Artes Escénicas de la Universidad de Sarajevo y trabaja en una nueva novela que piensa titular *Los anillos de Sahrijar*. La noche del 27 al 28, la ciudad recibe de manos del Ejército Popular Yugoslavo el primer embate de destrucción enloquecida. Será a partir de entonces cuando el hambre, la falta de agua y de luz, el miedo, el expolio o la muerte condicionen radicalmente la vida de sus habitantes. Con todo, las penalidades cotidianas no hacen tanta mella en Karahasan como la destrucción sistemática de una cultura plural. *Sarajevo. Diario de un éxodo* no ofrece el testimonio de un exilio individual sino el

de una ciudad entera que desaparece del mundo real para desplegarse en el ideal, en el mundo del recuerdo. Será ante su edificio derruido en el céntrico barrio de Marindvor, mientras retira de sus ventanas los restos de cristales para que no caigan a la calle, donde Karahasan empieza a sentir con el recuerdo y a tener la percepción de que se está despidiendo de su casa. «Hasta entonces me había limitado a reconocer mi casa, pero en ese momento la veía. Hasta entonces vivía en ella, pero en ese momento la sentía y amaba, lo que significaba que me estaba despidiendo de ella, que empezaba a convertirse en un recuerdo, porque el valor completo de cuanto encontramos lo obtenemos cuando se muda de este mundo al recuerdo. ¿Por qué, Dios mío, vemos mejor en el recuerdo que en la realidad? ¿Por qué sentimos más claramente con el recuerdo que con los sentidos?».

En *Sarajevo. Diario de un éxodo*, Karahasan se mueve en la frontera de los géneros para imbuir de reflexión las sensaciones que provoca la inmediatez de los hechos. Mezcla de relato, reflexión histórica y crónica de la inmediatez, *Sarajevo. Diario de un éxodo* convence porque no quiere convencer y conmueve porque no quiere conmover, en

palabras de Juan Goytisolo. El libro comienza con una interesante reflexión histórica acerca de los orígenes de la ciudad y las señas culturales que la singularizan ante otras ciudades de Occidente. Desde su fundación, personas de las tres religiones monoteístas —islámica, católica y ortodoxa— dan lugar a una mezcla de lenguas, religiones y pueblos en un espacio tan pequeño que produjo una forma muy específica de cultura. Un sistema cultural que Karahasan denomina «dramático» en oposición al «dialéctico», propio del resto de las ciudades occidentales. En el primero, cada elemento forma parte de la estructura del sistema al adquirir nuevas particularidades en la tensión de los opuestos sin perder algunas de las que ya poseía; en el segundo, la relación básica es la de engullirse, «o para que suene mejor, el acto de contener lo inferior en lo superior, lo débil en lo fuerte».

Los apuntes sobre la destrucción de Sarajevo «son extremadamente literales y su intención secreta es transmitir cuánto duele la literalidad», afirma Karahasan al inicio de una segunda parte en la que prima el relato de la experiencia cotidiana durante el asedio. Las colas para el pan, el miedo a los francotiradores cada vez que se cruza una calle en busca de agua o el ruido de las

granadas retumbando en los sótanos son algunas de las penalidades que sufren los habitantes de Sarajevo en medio del abandono y la total indiferencia por parte del mundo occidental. En el caso de Karahasan, encuentra en los ensayos teatrales, llevados a cabo en condiciones muy precarias y expuestos a un peligro constante, lo único que, tanto a él como a sus alumnos, les puede liberar del miedo y ayudarles a conservar la dignidad, la sensibilidad y el juicio: «Una de las funciones básicas del arte es la de proteger a la gente de la indiferencia, y el hombre está vivo mientras no permanezca indiferente».

El libro concluye con una reflexión acerca de los riesgos de la implicación de la literatura con la religión o la política: «Vengo de un país desbastado y la culpa la tiene la mala literatura, el mal uso del oficio literario. La identificación religiosa o política de escritores serbios fue tremenda. Inspiraron a Milosevic a asumir el destino serbio». El propio Karahasan se reprocha haber considerado la libertad de la literatura como algo normal: «Escribía lo que me pasaba por la cabeza y olvidé que la libertad va unida a la obligación. Libertad de la literatura, sí, pero ¿frente a qué?».

Sarajevo. Diario de un éxodo es un libro escrito por un europeo